

Si 6083

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

28

Adolfo Benjamín Serrano

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1961



361.4
6083

m fm 141252 (wcy)

E805
U48P

Si 6083

ADOLFO BENJAMIN SERRANO

Así como la tarde que comienza a desmayarse en suave violeta, en la seda suavisima de la que nacerán temblando las estrellas... Así como la tarde que va despidiendo las postreras luces, en un canto triste que despeina nostalgias sobre todos los caminos... Así como la tarde que cuenta al oído del alma unas cosas que la luz no podría tener en su fiesta, porque para escucharlas es preciso escuchar el ángelus en los lirios y el pensamiento de la rosa para la palidez de la vecina anochecida... Así esta poesía de Adolfo Benjamin Serrano, para ser escuchada en la tarde del alma que tanto comulga con la tarde violeta del cielo, con la tarde que se despide de los horizontes en los coloquios más de los perfumes que de las palabras, más de los suspiros que de las voces tristes...

Los recuerdos vienen a esta poesía puros de llanto, las imágenes llegan bellas de distancia... Como si de pronto se cerraran los ojos y se fueran pronunciando bajito, alma hacia adentro, nombres y sentires, como si de pronto florecieran sobre la frente los pasados con luz tenue inquieta de fragancias...

Poesía en dulce tono menor, poesía confidencial,
intima poesía lírica acariciada de remotos luceros...
Poesía floreciendo mansamente, como agua que cae
de las manos de las hojas, como cielo besado de
últimas golondrinas viajeras...

La voz de la niñez, día azul del espíritu, se dia-
faniza en este recordar, aunque el niño que fue es
ahora la nostalgia del niño que no será ya más...
Los recuerdos caseros, luces sencillas de cariños
borrados por el tiempo y el viento del no volver
a ser, se dulcifican en el ensueño que no encontrará
más la alegría perfecta que se quedó sobre las pri-
meras miradas... Por los aleros pasados pasa una
luz inicial, pero una luz emparentada con la luz que
la tarde está despidiendo detrás de las distancias...

Poesía nacida del soñar lo vivido y del vivir lo so-
ñado... Ensueño triste que despierta con una lágrima
en las pupilas: las manos angustiadas ya en los
caminos sin remedio toman la lágrima y la presentan
a la tarde en apagamiento, y he aquí que la lágrima
es el verso...

Poesía dolida del tiempo azul con el ángel en las
pupilas, con el ángel diáfano que apagó la vida para
siempre... Poesía triste con la tristeza de las fugas
queridas: manos de fantasmas dulcísimos, inasibles
e imposibles manos, van regando penas y nostal-
gias...

Poesía puramente pura, elemental como el apa-
garse la tarde y encenderse las estrellas...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

ADOLFO BENJAMIN SERRANO

Piensen talvez que fácilmente brota
del arpa del poeta
la estrofa oculta, la canción ignota,
en que condensa su ansiedad secreta.

En cada rima que modula deja
sollozos de ternura;
en cada verso, una sentida queja,
y en cada estrofa, un mundo de amargura.



Que a veces cruzan esperanzas vagas,
vagos ensueños por la mente mía,
que en medio de las sombras en que vivo,
hay a veces relámpagos de dicha!

Cierto: también de los sepulcros fríos
se escapan llamaradas repentinas,
y hay fuegos fatuos que de noche caen
como lluvia de estrellas indecisas.

Prefiero a tu palabra que parece
la eólica cadencia de una lira,
tu sonrisa de amor que se estremece
cuando en mis ojos reflejar se mira;

y a tu sonrisa que el amor se afana
en dibujarla apenas en tu boca,
prefiero el tinte de subida grana
que en tus mejillas el pudor coloca.



Insensible soporto tus agravios,
hoy que comprendo que a traición me hieres:
porque te quise callarán mis labios,
porque me amaste mi perdón no esperes.

Talvez creiste que al sentirme herido
de ensueños y esperanzas te hablaría
y que, el ayer hundiendo en el olvido,
la mano que me hiere besaría.

Jamás!... Toma la sangre de mis venas,
de mis venturas la alegría toma;
mas, déjame el acibar de mis penas,
de mis recuerdos, el sagrado aroma.

Hiere de frente! Tu altivez no espere
que a tu desdén con lágrimas responda,
ni que bese la mano que me hiere,
ya que un abismo entre los dos se ahonda.

Hiere de frente! Del dolor soy viejo,
muy viejo amigo, lo conozco tanto,
que al sentir sus espinas no me quejo.
ni en mis pupilas se desborda el llanto.

En ruinas el altar de mis amores,
mis dichas en escombros,
mis esperanzas —flores de una aurora—
marchitas y en el polvo;

cadáveres dispersos mis ensueños;
mis cantos melancólicos,
y cual templo sin Dios el alma mía;
¡qué solo estoy, qué solo!

Si canto se estremecen mis cantares,
cual eco de un sollozo,
y el silencio recoge con misterio
mis lágrimas si lloro;
víctima eterna de un dolor sin nombre,
que en mi alma tiene un trono,
en medio del bullicio de la vida,
¡qué solo estoy, qué solo!

¡Qué de ayes, qué de lágrimas me cuesta
remover los escombros del pasado,
y al grito del dolor más concentrado
oir, por toda y única respuesta,

el muriente rumor de la esperanza
que nos trajo la aurora que se aleja,
y cerca el ay! de la sentida queja
que nos trae el crepúsculo que avanza!

No es dolor el dolor que se traduce
en ayes y sollozos,
y que, dejando el corazón, inunda
de lágrimas los ojos;

sino el que se retuerce sin salida
del alma en lo recóndito;
el que no tiene gritos de reproche,
ni lágrimas de enojo.

Esperemos: muy pronto nuestras almas
su cárcel romperán,
y en otros mundos a encontrarse libres
de nuevo tornarán.

Esperemos: las blancas mariposas
revuelan con afán,
tan sólo cuando rompen las crisálidas
en que presas están.

Olvidarte? . . . ¿Se olvida, por ventura,
el pobre ciego de la luz que, un día,
inquieta en sus pupilas sonreía,
al mostrarle del mundo la hermosura?

Ah! si tú has sido sol de mi esperanza,
si luz primera de mi amor tú has sido,
sepultarte en la noche del olvido,
ni el tiempo puede ni el dolor alcanzar! . . .

Si del recuerdo el éxtasis nos finge
viviente lo que ha muerto,
poblado de armonías el desierto
do se levanta del dolor la Esfinge;

olvidando el pesar que nos consume,
soñemos, alma mía,
en esas horas que el amor tenía
luz y frescura, música y perfume.

Si no se arranca de raíz el árbol
que crece en la montaña,
no muere; que muy pronto de renuevos
el viejo tronco a revestirse alcanza.

Si de raíces el amor primero
del pecho no se arranca,
no muere; brotan del recuerdo al llanto,
aunque imposibles, nuevas esperanzas.

Como en el cáliz de una flor el germen
de nuevas flores, en el alma humana,
junto al recuerdo del pasado duermen
las nuevas esperanzas del mañana.

Mas, no se torna en realidad que encanta
toda esperanza que el mañana trae,
como no siempre se convierte en planta
toda simiente que en el surco cae.

La onda que en medio de la mar bravia
se eleva cual montaña,
es un puñado, nada más, de espuma,
cuando revienta en la desierta playa.

El dolor que en la vida nos parece
gigante sin entrañas,
cuando se toca el borde del sepulcro,
es polvo, nada más, que el viento arrastra.



A nadie cuentes que un pesar devora
tu joven corazón,
ni que tu pecho es víctima callada
de oculto sinsabor.

Contéplame: mis lágrimas no tienen
palabras ¡ay! ni voz;
brotan del corazón y en las pestañas
se mueren de dolor.



A medida que el tiempo pasa y vuela
matando todo amor
y dejando del alma en lo recóndito
memorias de dolor;

crece el recuerdo, místico perfume
que exhala el corazón,
y es más grato el aroma que nos queda
de dicha que pasó.

Ah! tiempos que pasaron!... Torna el ave
tras el invierno a calentar el nido,
y cuando vuelve la estación risueña
viste de flores al rosal marchito.

Mas, los sueños de amor, aves del alma,
ay! no tornan jamás una vez idos;
ni en el rosal de la esperanza brotan
ya nuevas flores, una vez marchito!

Y otra vez de mis liras los cantares
son ecos de un sollozo;
lágrimas que del alma se desprenden
y mueren en los ojos!...
Y otra vez el santuario de mis dichas
en ruinas y en escombros,
y apagado el fanal de mis ensueños,
¡qué solo estoy, qué solo!
Enfermo el corazón, la fe perdida,
hastiado ya de todo,
un mundo de recuerdos y ansiedades
llevando so mis hombros;
sin rumbo, sin estrellas que me alumbren,
cruzando un mar ignoto;
sintiendo el frío de nostalgia horrible,
¡qué solo estoy, qué solo!...

Pasó mi dicha cual ligera niebla
que el sol deshace al asomar el día,
y hoy la amargura del recuerdo puebla
de sombras, nada más, la senda mía.

Soy cual la rosa que deshoja el viento,
abierto apenas su aromado broche;
soy como el ave que, con triste acento,
de amor se queja en la callada noche.

A veces dudo si es placer o pena,
si es dicha o es dolor,
lo que en sus horas de ansiedad devora
mi pobre corazón.

Es por eso que, a veces, de mi llanto
me río con desdén,
y otras de mi alegría me avergüenzo
y lloro sin querer.

Primavera del alma, los amores
que sonriendo tu alborada trae
son un rocío de aromadas flores,
de blancas flores que en el alma cae.

Invierno de la vida, sol de ocaso,
que en desaliento la esperanza truecas,
son los sueños de aroma que, muy de paso,
van derramando lluvia de hojas secas.

Amo el dolor, porque el dolor conserva
viva la imagen del primer ensueño;
si él, como el opio, la razón enerva,
nos muestra el cielo de un edén risueño.

Amo el dolor, porque el dolor derrumba
cualquier altar de una esperanza nueva;
y del primer amor sobre la tumba
la cruz bendita del recuerdo eleva.

Señor, Señor, convierte mi ventura
en penas y dolores;
en martirio tenaz mi sed de amores;
y el sol de mi esperanza en noche oscura;

pero jamás permitas que el hastío
al alma mía acuda,
ni que en las sombras de la eterna duda
llegue a perderse el pensamiento mío.

No me digáis que el corazón humano
es materia que siente y nada más;
que del sepulcro el misterioso arcano
no tiene más allá.

No me digáis que el pensamiento brota
tan sólo de una masa cerebral;
ni que la esencia del amor se agota
la vida al terminar.

La misma duda y la esperanza inmensa
que dentro el corazón luchando están,
y del amor la llamarada intensa
que aumenta sin cesar;

nos dicen que la vida no se acaba
cuando trocado en polvo el polvo está,
ya que la carne es solamente esclava
del alma, ¡la inmortal!

RECUERDOS DEL CAMINO

A REMIGIO CRESPO TORAL después
de haber leído su composición "MI
POEMA".

I

Al leer las estrofas del poema
—sublime grito de ansiedad suprema—
en que palpitan el dolor sagrado
y la nostalgia que tu pecho siente,
cuando con las tristezas del presente
comparas las venturas del pasado;

II

Asomar a mis ojos he sentido
el llanto dolorido
que vierte el alma, cada vez que vuelve
las miradas atrás, y a la distancia
ve que el tiempo, los sueños de la infancia,
en las tinieblas del olvido envuelve.

RECUERDOS DEL CAMPESINO III

Y ¿cómo no dejar que mis pupilas
cubra el llanto en mis horas intranquilas,
si de tus cantos a' doliente arpegio,
mi alma de nuevo contemplar anhela
las castas alboradas de la escuela,
las benditas auroras del Colegio?...

IV

Tiempos aquellos!... Pan de cada día
nos era la alegría
que la miel guarda del materno beso;
luz del alma, las dulces oraciones
cuyos trémulos sonos
interrumpían el jugar travieso.

V

Cuan bello es el hogar! Santuario donde
la eterna llama del amor se esconde,
la llama de ese amor que nace y brota,
al beso que se dan almas hermanas
que emprenden juntas y cantando ufanas
del humano dolor la senda ignota.

VI

Allí, la madre, cariñosa y buena,
con la plegaria endulza la faena,
y siempre en el deber los ojos fijos,
para el esposo, que a luchar se lanza,
es el Tabor de gloria y esperanza,
la estrella de Belén, para sus hijos.

VII

Allí, por siempre la bondad paterna
con las caricias el consejo alterna,
y nos enseña que la vida es lucha
que al corazón redime y engrandece,
y así a medida que el trabajo crece,
el himno santo del deber se escucha.

VIII

Qué hermoso es el hogar! ¡Es arca santa
que flota y se levanta
entre las ondas del dolor sombrío:
arca que siempre al corazón escuda
cuando nos hiere con traición la duda,
cuando nos hiere el sempiterno hastío!...

IX

Dentro el hogar, la Virgen de la escuela,
alegre centinela,
guarda el tesoro de la ciencia humana:
allí, bandada de ángeles traviesos,
alternando los juegos con los rezos,
soñaban en las glorias del mañana.

X

Siempre contentos: la conciencia blanca,
tranquilo el corazón, la risa franca,
¡con qué afán de la escuela en el santuario,
mientras el alma en el hogar vivía,
nuestra mirada inquieta recorría
las páginas del viejo silabario!...

XI

Cual de activas abejas el enjambre,
busca gotas de miel en el estambre
de flor, rica en matices y fragancia;
buscábamos almibar y ambrosia,
en la flor de la ciencia que se abría
al cuidado del ángel de la infancia.

XII

Y juntando al estudio el casto juego,
a locas risas el fugaz sosiego,
en poco tiempo, a descifrar llegamos
los negros caracteres de lo escrito,
y a comprender que el hombre es un proscrito
del Paraíso que buscando vamos.

XIII

Cómo recuerdo que al rayar la aurora,
con insistentes golpes, la sonora
campana del Colegio, nos llamaba,
mientras muy quedo el maternal cariño
nos decía: "Despierta pronto, niño,
y de rodillas al Señor alaba".

XIV

Y en el Colegio, del aurora al frío,
se escuchaba el alegre vocerío
de la turba infantil que parecía
bandada inquieta de parleras aves,
que, del vecino templo entre las naves,
ensayaba sus notas de armonía.

XV

Cuando los claustros el bedel atento
recorria con paso grave y lento,
cesaba el vocerío, y ¡qué de prisa
los juegos a su término llegaban
y en los labios pendientes se quedaban
la frase alegre y la fugaz sonrisa!

XVI

Cuántas veces y cuántas el maestro,
con ceño adusto, o con mirar siniestro,
—¡jorden!— gritaba... Cuántas otras, coro
hacia a nuestras risas infantiles,
recordando tal vez de sus abriles
el libre vuelo y el trinar sonoro.

XVII

Al llegar la alborada del asueto,
¡cómo latía el corazón inquieto!
Por los campos cubiertos de maizales,
en las orillas del cercano río,
derramaba su alegre vocerío
la turba de traviesos colegiales.

XVIII

Como la abeja que al hallar sabrosa
miel en el cáliz de preciada rosa,
bate las alas, vuela, se detiene,
se aleja y vuelve y el zumbir silencia,
y luego agota con afán la esencia
que el áureo cáliz de la flor contiene;

XIX

Así, en las horas del asueto breve,
la turba juvenil salta, se mueve,
trepa la cuesta, trisca en la pradera
y canta y bulle, y sin hallar sosiego,
cuando le cansa bullicioso juego,
busca descanso a la veloz carrera.

XX

Alegres, proclamando la comuna,
era nuestra del campo la fortuna:
allí do había flores y frutales,
eran barrera inútil los cercados,
baja la hilera de ágaves cruzados,
obstáculo pequeño los tapiales.



XXI

Salvar queriendo la aldeana astuta
árbol que daba codiciada fruta,
de agudas moras circular muralla
ponía al tronco. ¡Cuántas veces supo
de colegiales el travieso grupo
subir al árbol sin tocar la valla!...

XXII

Buscando nidos y sabrosas frutas,
¡qué de locas reyertas y disputas
que terminaban al llegar la noche
en explosión de risas y alegría!
¡qué dulce, qué inocente algarabía,
gozo inefable, de candor derroche!



XXIII

Entonces era la existencia un sueño,
bello el presente, el porvenir risueño.
Viendo la antorcha de la fe encendida,
de la casa a los célicos rumores,
creímos, no que espinas, sino flores
alfombraban la senda de la vida!...

XXIV

Viene Julio!... Sudario blanquecino
cubre del Cajas el picacho andino;
la fresca lluvia que la tierra pide
se trueca en copos de menuda escarcha,
y contemplar del sol la eterna marcha
de oscuras nubes el celaje impide.

XXV

Arido el suelo sostener no puede
la mies que al paso de su fruto cede;
pierde de pronto su follaje el sauce;
el dulce jugo del maguey se agota,
y el arroyuelo sigue su derrota,
de agua sediento, por estrecho cauce.

XXVI

La rueda del molino, soñolienta
con agua escasa se voltea lenta,
murmura el himno del trabajo, en tanto
que cabecea la repleta tolva,
soltando el grano que la piedra empolva,
y el techo cubre de agrisado manto.

XXVII

El campesino su heredad acecha,
y al columbrar la próxima cosecha,
alegre siente el corazón, y ufano
a Dios eleva su oración ferviente:
a Dios que en flor convierte la simiente
y convierte después la flor en grano.

XXVIII

Pierde sus gracias la gentil floresta
que del Culca en las faldas se recuesta;
mientras de nuevo a trabajar le impulse
oculta fuerza, la materia inerte,
marchito el manto de sus campos, duerme
del descanso feliz el sueño dulce.

XXIX

Si, viene Julio... Los maizales secos,
cuyas flores parecen áureos flecos;
la rubia espiga del triga! que ondea
al tibio beso de callada brisa;
el manto de oro-mate que tapiza
las lomas y los valles de la aldea.

XXX

El silbido del pardo solitario
que, en ese mes, al viejo campanario
plumas y pajas en el pico lleva
con que formar su nido; son preludio
de que se acerca del anual estudio
el fin ansiado, la temida prueba.

XXXI

Y era entonces un siglo cada instante,
 cada bécil obstáculo, un gigante,
 y al golpe de contrarias emociones,
 pensando en el examen, se pensaba
 que llega, tras el año que se acaba,
 alegre sol de alegres vacaciones!...

XXXII

Las vacaciones!... ¡El fugaz descanso
 del arroyo que el plácido remanso
 encuentra en su camino!...
 ¡Primavera del alma, edad dichosa,
 "era rosa y ha muerto como rosa"
 que en sus giros arrastra el torbellino!...

XXXIII

Más tarde, me trajeron ansiedades
 del amor las nacientes claridades;
 ¡ay! entonces, la mano en la mejilla,
 fijos los ojos en el libro abierto,
 triste soñaba el corazón despierto,
 de ignota dicha en la distante orilla!...

XXXIV

Algo buscaba el corazón!... Sentía
 de ignorada tristeza la alegría,
 de ósculo misterioso el aleteo,
 de lejana caricia el dulce arrullo!...
 ¡Fueron tal vez el tímido murmullo,
 las vagas notas del primer deseo!...

XXXV

Un día, al resplandor de una mirada,
presentí del amor la llamarada;
a las mejillas acudió de prisa
toda la hirviente sangre de mis venas;
y sentí miedo al sorprender que apenas
en sus labios vagaba una sonrisa.

XXXVI

Devoró el alma la ansiedad secreta,
la tristeza infinita del poeta,
y no pudiendo modular un canto,
Ella y yo ¡cuántas lágrimas vertimos!...
¿Por qué lloramos?... ¡Nunca lo supimos,
ni aun sabemos la causa de ese llanto!...

XXXVII

Tal como el árbol su frescura pierde
cuando la llama del incendio muerde
el viejo tronco; así perdí muy luego
las blancas alas, el candor de niño,
las esperanzas de luciente armiño,
de las pasiones al sentir el fuego.

XXXVIII

Viendo que el broche, en flor se convertía;
la sonriente aurora, en mediodía;
y la esperanza de un amor incierto,
de un ángel en la imagen hechicera;
¡ay! despedime de la edad primera,
para emprender la ruta del desierto.

XXXIX

Robando entonces su descanso al sueño,
volvi al estudio en ardoroso empeño,
y esperé, como barca que el velamen
alegre suelta, cuando sopla el viento,
lista a partir; que el último momento
pronto llegase del posirer examen.

XL

Canté victoria!... ¡Mas aquese canto
un algo tuvo de sollozo y llanto!...
¡Era el adiós a las tranquilas horas,
a los sueños y dichas del Colegio,
de la ventura al moribundo arpegio,
el último fulgor de las auroras!...

XLI

Inquieto el corazón, el alma inquieta,
senti cuando el Decano la muceta,
grave y solemne, colocó en mis hombros.
¡Ah! miré hundirse en el ocaso muerto
todo el pasado, y un mañana incierto
de mi dicha surgir en los escombros.

XLII

Torné luego al hogar con paso lento,
revelando tristeza y desaliento;
y allí, —mientras yo humilde recibía
la bendición paterna—, en el diploma
dejaba de sus besos el aroma,
llorando de placer, la madre mia.

XLIII

Por vez primera conciliar el sueño
fuéme imposible. Del ayer risueño
celebré los dolientes funerales,
en el silencio de la noche muda!...
Por vez primera, de la negra duda,
divisé los abismos sepulcrales!...

XLIV

Y pasaron los días... Poco a poco,
de los placeres el bullicio loco,
de los negocios la constancia terca,
del foro y los comicios la borrasca,
y de mentida fama la hojarasca,
iba mirando, con pesar, de cerca.

XLV

Cómo entonces, del alma en lo secreto,
¡ay! los recuerdos del ayer inquieto,
se daban triste y misteriosa cita!...
¡Cómo en los ojos, tímida brillaba
una gota de llanto, que encarnaba
lo tenaz y lo eterno de mi cuita!...

XLVI

Dejé muy luego del hogar tranquilo
ventura y calma, y demandé un asilo
cabe la playa de la mar bravía.
¿Por qué dejé las plácidas montañas
en donde "rondador de humildes cañas"
turba el silencio de la noche umbría?

XLVII

Ah! no lo sé. Recuerdo solamente
que al eco vago del ¡adiós! doliente,
que de los míos disipó la calma,
sin poder sollozar, caí de hinojos,
los labios secos, húmedos los ojos
y muerto el corazón y muerta el alma...

XLVIII

Después, las sombras, el dolor, la duda,
la sorda angustia y la tristeza muda
del que, apagado el sol de la esperanza,
en mesa ajena y en ajeno suelo,
del porvenir en el oscuro cielo,
ni un débil rayo a divisar alcanza...

XLIX

Y al fin, la lucha. Siempre el pensamiento
a los consejos del hogar atento,
siguió la senda del deber. Erguida
llevé la frente, el corazón sereno,
sin sombras la conciencia, como bueno,
no desmayé en la lucha por la vida.

L

En la diaria lucha ¡cuántas veces,
bebiendo a sorbos del dolor las heces,
halléme fatigado!... Duda adversa
nubló mi frente, me abatió un instante;
mas, pensé al punto en el hogar distante
y a la lucha torné con nueva fuerza.

LI

La lucha por la vida!... Como el opio
el placer y el dolor lleva en sí propio
el pan que ausente del hogar se alcanza,
ese pan que una lágrima remoja,
es para el alma la mortal congoja,
es para el cuerpo inútil venturanza...

LII

Si Dios consiente que mañana vuelva
al patrio río, a la nativa selva,
¡con qué ternura pediré ese día
la bendición "al venerable anciano,
que es de mi hogar amante soberano",
luz de mi vida, sol del alma mía!...

LIII

Cómo entonces haré que me repita
mi buena madre la oración bendita
que con paciencia me enseñó de niño,
palabra por palabra, lentamente!...
y al sentir sus caricias en mi frente,
el fuego sentiré de su cariño...

LIV

Ay! mi madre!... La sangre de mis venas
daría al punto por calmar sus penas!...
Angel doliente que el hogar recorre
de sus hijos buscando el grupo inquieto,
y que a Dios pide en su anhelar secreto,
que de sus hijos la tristeza borre.

LV

Cuántas veces su espíritu se abisma
en el ayer, y mira, tras el prisma
del recuerdo, pasar las horas puras
en que el alegre grupo de sus hijos,
en su serena faz los ojos fijos,
pan le pedían, besos y ternuras!...

LVI

Sus hijos! Unos en la tumba duermen,
como en el surco el agotado germen;
otros, buscaron en el claustro asilo,
aquel albergue, donde
a la algazara mundanal responde
de la oración el murmurar tranquilo.

LVII

Y otros suspiran en ajeno suelo,
mientras su pensamiento con anhelo,
—cuando la aurora en el oriente asoma,
cuando la noche su lucero enciende—,
a la tierra natal la vuelta emprende,
y aspira de sus campos el aroma.

LVIII

Bendita sea la mansión paternal!
A su recuerdo el alma se prosterna
y ora en silencio y en silencio llora,
pidiendo que a la vida
torne el cadáver de la fe perdida,
de las creencias la muriente aurora!...

LIX

Mas, si la duda al corazón nos habla
como se prende el náufrago a la tabla
—frágil juguete de revueltas olas—
nos asimos, lanzando débil grito,
a esas creencias del hogar bendito,
que en el fondo del alma duermen solas...

LX

Felices los que nunca se alejaron
del nido donde alegres ensayaron
el primer vuelo y los primeros trinos!
¡Dichosos los que nunca por extrañas
ciudades y montañas
cruzaron como tristes peregrinos!

LXI

Perdona, amigo si mis pobres notas,
las notas de un laúd de cuerdas rotas,
quiero mezclar a la cadencia suave,
al dulce ritmo de tu tierno canto.
¡No puedo contener el mar de llanto
que en lo íntimo del alma ya no cabe!

LXII

Siempre dolientes mis endechas fueron,
porque ellas, entre lágrimas nacieron,
lejos, muy lejos del hogar querido!
¿Acaso alegre su cantar ensaya
el ave cuando en extranjera playa
vese obligada a fabricar su nido?

LXIII

Misterio y nada más! Siempre lo mismo!...
Unas veces del mar en el abismo
las tempestades el bajel sepultan,
y otras, a que los náufragos recojan,
a las orillas de la playa arrojan,
cuanto los mares en su seno ocultan!...

LXIV

Así del corazón las tempestades
unas veces nos traen ansiedades
que descienden del pecho a lo profundo;
otras, llevan del alma las dolencias
a los labios, que de íntimas cadencias
truecan al punto, en manantial fecundo!...



LXV

Fuimos dichosos! La ventura es ola
que el reflejo del alta tornasola
y se deshace del dolor al viento!...
¡Fuimos dichosos! Del ayer bendito
hoy sólo lleva el corazón escrito
de lejanos recuerdos un lamento!...

LXVI

Ah! siempre ha sido la ventura corta!...
¡Que caiga en el pantano nada importa
la lluvia cristalina,
sí, cuando el alba su fulgor enciende,
del pantano la lluvia se desprende
y al cielo torna en la sutil neblina!...



A LA MEMORIA DE MIS PADRES

Desfallecido el corazón, sin fuerzas
el alma, viendo muertas y dispersas
mis ilusiones; al hogar paterno
tornar pensaba. Que la madre mía,
ella tan sólo, mitigar sabría
el frío de este mi temprano invierno.

II

La fantasía se forjaba escenas
de abrazos, besos y caricias llenas,
al pensar en el próximo regreso.
Sentir el alma, soñadora y loca,
creía, ya en los ojos, ya en la boca,
el leve roce del materno beso.

III

Mas ¡ay! el hijo pródigo no pudo
doblar la frente, tembloroso y mudo,
ante su padre ni escuchar el grito
de ¡hijo de mis entrañas! que condensa
de toda madre la pasión inmensa,
su amor, de los amores infinito.

IV

Cual dos espigas que segadas quedan
al mismo golpe y en el polvo ruedan;
así cayeron en la tumba fría
mis dioses del hogar, los padres míos,
que eran, en mis crepúsculos sombríos,
luz de mis dudas, sol del alma mía.

A LA MEMORIA DE MIS PADRES

V

Cerrar sus ojos con mis propias manos;
Hundir mi frente en sus cabellos canos;
en sus mejillas que agostó la muerte,
cual si fuesen altar, posar mi boca,
y cavar sus sepulcros en la roca
con el llanto sin fin que el alma vierte;

VI

Sólo eso te pedía, cuántas veces,
cuántas, Dios mío, te elevé mis preces!...
Nunca pensaba, al sol de la distancia,
—cuando la fiebre de tenaz dolencia,
lentamente, minaba mi existencia—
mirar desierta la nativa estancia!...

VII

Llegó la noche del dolor!... No puedo
proseguir la jornada: tengo miedo,
al verme triste y huérfano en la vida!
En torno mío, sólo encuentro abrojos,
de mis pasadas dichas, los despojos
y los escombros de la fe perdida!

VIII

Enlutado el hogar, muerta la lumbre
que en él ardía, marcharé a la cumbre
de mi calvario, vacilante el paso.
¡Ya no me alienta el paternal consejo!...
De mi esperanza el último reflejo,
ida mi madre, hundiéndose en el ocaso!...

IX

Por qué, Dios mío, al estallido bronco
del rayo cae destrozado el tronco
y sin apoyo los renuevos deja?
¿Por qué la muerte, de la madre acalla
el dulce arrullo, si en el nido estalla
de los polluelos la doliente queja?

IXV

Por qué, Dios mío, del hogar alejas
su única dicha y huérfanos nos dejas?...
¡Señor, Señor, tu voluntad divina,
hoy como siempre, acato y reverencio!
Sin sollozar, soportaré en silencio,
de mi nuevo dolor la nueva espina!

XI

Si regreso a mi hogar, a mi lamento
responderá tal vez, con triste acento,
el eco de mis pasos:
allí, asustado de mi propia sombra,
creeré que mi padre "hijo" me nombra,
que mi madre me oprime entre sus brazos!...

XII

Patrias montañas, ¡ay! montañas mías,
—donde corrieron mis mejores días—
ya que no puedo regresar al valle
de mis mayores, me conceda el cielo,
que muerto, un sitio en el nativo suelo,
cabe la tumba de mis padres, halle!...